



TINA TURNER

La felicidad nace de ti

Una guía espiritual que cambiará tu vida

Luciérnaga

LA FELICIDAD NACE DE TI



UNA GUÍA ESPIRITUAL
QUE CAMBIARÁ TU VIDA

TINA TURNER
CON TARO GOLD Y REGULA CURTI



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Happiness Becomes You*
Primera edición de Simon & Schuster, Inc. 1230 Avenue of the Americas
New York, NY 10020

© del texto: Tina Turner, 2020

© Imágenes encartadas 1, 3, 4, 5: Johnson Publishing Company Archive. Cortesía de Ford Foundation, J. Paul Getty Trust, MacArthur Foundation (de John D. y Catherine T.), Andrew W. Mellon Foundation y Smithsonian Institution

Imágenes encartadas 2, 8, 10: Carol Holladay

Imágenes encartadas 6, 7: © 1981 Lynn Goldsmith

Imagen encartada 9: Brian Lanker Archive

Imagen encartada 11: Paul Warner/WireImages vía Getty Images

Imagen encartada 12: Tina Turner

Imagen encartada 13: Xaver Walser/Urs Gantner

Imagen encartada 14: Xaver Walser/Taro Gold

Extracto de «Let Go Let God» reeditado por cortesía de Amy Sky y Olivia Newton-John

Extracto de «Woodstock» reeditado por cortesía de Joni Mitchell

Todas las imágenes de caligrafía japonesa reeditadas por cortesía de Taro Gold

© de la traducción: Eva Raventós, 2021

© de la ilustración de cubierta: Cristina Franco Roda (@MENGANITAdecual)

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: febrero de 2022

© Edicions 62, S. A. 2022

Ediciones Luciérnaga

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-18015-88-5

Depósito legal: B. 13.339-2021

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Sumario

<i>Introducción.</i>	11
1. La bienvenida de la naturaleza.	15
2. Nuestros mundos interiores	31
3. Himno de ángeles	49
4. Defiende tu vida.	65
5. Transforma el veneno en medicina.	89
6. Una revolución del corazón	109
7. Más allá de la canción	133
8. Vuelta a casa	151
<i>Epílogo.</i>	175
<i>Agradecimientos.</i>	183
<i>Glosario.</i>	185
<i>Bibliografía</i>	197
<i>Índice.</i>	199
<i>Sobre los autores</i>	217

LA BIENVENIDA DE LA NATURALEZA

Gracias por ser tú, exactamente como eres. Gracias por la rica complejidad de tus experiencias vitales, que te han llevado a leer estas palabras que he escrito solo para ti.

Gracias por abrir este libro para que pueda compartir contigo las lecciones espirituales que he aprendido a lo largo de más de ochenta años de vida.

Cada uno de nosotros nace, creo, con una misión única, un propósito vital que solo uno mismo puede cumplir. Nos une una responsabilidad compartida: ayudar a que nuestra familia humana crezca más amable y feliz.

Descubrí el funcionamiento del universo a partir de mis experiencias diarias de la infancia en Nutbush (Tennessee), una pequeña localidad rural. Me encantaba estar al aire libre, correr por los campos, admirar los cuerpos celestes en el cielo, pasar tiempo con animales (domésticos y salvajes) y escuchar los sonidos de la naturaleza.

Ya cuando era pequeña percibía una fuerza universal invisible mientras caminaba por los pastos completamente abiertos todos los días. Estar en comunión con la naturaleza me enseñó a confiar en mi intuición, que siempre parecía conocer el camino a casa cuando me perdía, la mejor rama de un árbol para columpiarme o dónde se escondía una roca movediza en un arroyo.

Aprendí a escuchar a mi corazón, que me enseñó que tú y yo estamos conectados entre nosotros y con todas las demás cosas que habitan este planeta. Estamos unidos por la naturaleza miste-

riosa de la vida misma, la energía creativa fundamental del universo.

En este mundo complicado, que rebosa de contradicciones, podemos encontrar una belleza impresionante en los lugares más insospechados. Los arcoíris más brillantes aparecen tras las tormentas más intensas. Magníficas mariposas surgen de los capullos más apagados. Y las flores de loto más bonitas nacen del lodo más profundo y espeso.

¿Por qué crees que la vida funciona de esta manera?

Quizá la función de esos arcoíris, esas mariposas y esas flores de loto es recordarnos que nuestro mundo es una obra de arte mística; un lienzo universal sobre el que pintamos nuestras historias, día a día, con pinceladas de nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestros actos.

Aunque lo he sentido de forma instintiva desde la infancia, no fue hasta principios de la treintena cuando empecé a ver conscientemente la vida de esta forma. No estoy segura de si mi yo de nueve años que recogía algodón a mano en Tennessee soñaba específicamente con el día en que mi yo de cuarenta y nueve años le estrecharía la mano a la reina de Inglaterra. No obstante, en lo más profundo de mi ser, incluso ese sueño inverosímil estuvo siempre dentro del campo de mi imaginación.

¿Quién hubiese esperado un resultado extraordinario de una chica de granja como yo, nacida entre los últimos días de la Gran Depresión y los primeros de la Segunda Guerra Mundial? Sin embargo, el camino de mi vida siempre ha sido realmente como una flor de loto, abriéndose paso cada vez más fuerte.

No importa dónde hayas nacido o quiénes sean tus padres; creo que todos partimos con una mezcla de circunstancias en las que hay tanto luz como oscuridad. Algunos de nosotros experimentamos más de una que de la otra. Y creo que existe un vínculo inextricable entre nosotros y nuestros antepasados, en cuyos hombros nos apoyamos para crecer como descendientes.

Si hay una lección que he aprendido es que encontrarte con la adversidad, como yo he hecho, no es necesariamente algo malo.

Es lo que sacamos de ello, cómo lo usamos para moldearnos a nosotros mismos y nuestro futuro, lo que determina finalmente nuestro éxito y nuestra felicidad.

Cuanto más espeso sea el lodo, más fuerte nacerá el loto que florece en él, abriéndose paso entre el fango para alcanzar el sol. Lo mismo vale para las personas. Lo sé porque lo hice. Y sé que tú también puedes hacerlo.

¿Y cómo lo hice? Eso es lo que quiero explicarte.

Nutbush, mi pueblo natal, está enclavado junto a las carreteras bordeadas de madreSelva del condado de Haywood, en el oeste de Tennessee. Haywood era, y sigue siendo, una zona agrícola tranquila con profundas raíces religiosas. Es el hogar de la sinagoga judía más antigua de Tennessee, construida en 1882, así como de los lugares donde miembros de mi familia han acudido a rezar desde hace mucho tiempo: la Spring Hill Baptist Church y la Woodlawn Baptist Church, ambas fundadas por un esclavo emancipado llamado Hardin Smith. Educado en secreto por la mujer del propietario de una plantación, Smith creció hasta convertirse en un predicador respetado y estableció la congregación que terminó convirtiéndose en la Woodland Baptist Church, donde mi abuelo y mi padre sirvieron posteriormente como diáconos.

Gracias al énfasis en la educación del reverendo Smith, a principios del siglo xx, nuestro condado tenía la tasa de alfabetización más alta entre la población negra de Tennessee. Una de las escuelas que el reverendo fundó para los niños negros terminó siendo la Carver High School, a la que asistí. También congregó a músicos y cantantes negros, proporcionándoles oportunidades para actuar, y sentó las bases para las fuertes tradiciones musicales de la región, de las que yo me beneficié más tarde.

Llegué a finales de 1939. Me trajeron al mundo sin complicaciones en un sótano sin ventanas relegado a la maternidad de mujeres «de color» en el hospital del condado. Mis padres me llamaron Anna Mae, el único nombre por el que fui conocida hasta la edad adulta.

Mi padre, Richard Bullock, era el aparcerero gerente de una familia blanca, los Poindexter. Teníamos nuestra propia casa de cuatro habitaciones y un jardín de 4.000 metros cuadrados lleno de verduras junto a la casa y la granja de los Poindexter.

La gente blanca rara vez recibía en sus casas a personas negras, pero los Poindexter nos invitaban a menudo a mi hermana mayor, Alline, y a mí a tomar una limonada y un aperitivo con ellos. Era solo cuando tenían a otra gente blanca por allí cuando sabíamos que no podíamos entrar en la casa.

El racismo era algo común y, como muchos condados del sur a mitad del siglo xx, el nuestro no se libraba de la violencia. El año después de mi nacimiento, el último linchamiento conocido de Tennessee sucedió no muy lejos de nuestra casa.

Un hombre llamado Elbert Williams fue uno de los primeros coordinadores de los derechos civiles en nuestra área. En 1940, el señor Williams trató de registrar a los votantes negros, un derecho que se les había negado durante mucho tiempo. Pronto pagó el peor precio por ese acto de valentía. Una noche terrible, un *sheriff* y un grupo de otros hombres blancos lo sacaron a la fuerza de su casa y terminaron brutalmente con su vida.

El asesinato del señor Williams silenció el movimiento por los derechos civiles en nuestro condado durante dos décadas.

A veces veía a aquel *sheriff*, que seguía en servicio a pesar de sus crímenes. La gente no hablaba de ello. Ese tipo de cosas simplemente no se discutían. Había una frágil calma entre los ciudadanos segregados del condado de Haywood que nadie quería perturbar.

Aunque el racismo estaba descontrolado, yo tenía cosas más inmediatas por las que preocuparme, empezando por el temprano entendimiento de que mis padres no se soportaban. Se peleaban constantemente, encerrados en una batalla inútil que ninguno podía ganar. Su infelicidad arrojó una alargada sombra sobre mi infancia.



Qué cadena interminable de infelicidad
forja el prejuicio.

LENA HORNE



«Ama a tu vecino» es un principio que
podría transformar el mundo si se
practicara de forma universal.

MARY McLEOD BETHUNE



Mi madre, Zelma, era cariñosa con mi hermana, pero conmigo era distinta. Yo sabía que era la niña que mi madre nunca había querido. Esa es una pesada carga para una niña pequeña.

Mis padres intentaron huir de Nutbush unas cuantas veces, con la esperanza de que un cambio de escenario les proporcionaría una nueva vida, y dejaron atrás a sus hijas pequeñas. Cuando yo tenía solo tres años, se fueron a trabajar a una base militar en Knoxville, a más de 560 kilómetros. No teníamos teléfono, de modo que no tuvimos contacto con ellos mientras estuvieron fuera. Hubiesen estado más cerca si se hubiesen mudado a la luna, porque por lo menos podía verla.

Aunque mi madre siempre fue emocionalmente distante conmigo, su familia era cariñosa y empática. Adoraba a mi abuela, Mama Georgie, gran amante de la diversión, y a mi prima Margaret, que tenía tres años más que yo. Margaret se convirtió en mi primera mentora, mi mejor amiga, mi hermana del alma, y de algún modo incluso en una figura materna; hasta tuvo «la charla» conmigo cuando entré en la adolescencia, y fue la única persona que lo hizo.

Cuando mis padres se fueron, mandaron a Alline a vivir con Mama Georgie y a mí me dejaron con la otra parte de la familia, mis abuelos paternos, Mama Roxanna y Papa Alex, que eran unos fanáticos de la Biblia estrictos y sombríos. Fue una agonía para mí. Yo era alegre y juguetona. Me encantaba correr por el campo, mancharme con la tierra, gritar a mis amigos, bailar por toda la casa, dejar que mi cabello volase libre. En su casa no se permitía ni una pizca de mi alboroto natural.

Mama Roxanna me obligaba a ir a la iglesia, y mi falta de entusiasmo se agravaba con el calor sofocante en el interior del edificio. No había aire acondicionado, por supuesto, y mi joven mente no podía comprender que todo el mundo se vistiese de gala solo para sentarse en un horno caliente y escuchar a alguien dando sermones. Nunca entendí de qué hablaba el pastor, porque nadie se molestaba en explicárselo a los niños. Para mí, estar

allí sentada bañada en sudor era solo un tedioso ejercicio de aburrimiento.

En un momento dado, mis padres nos dejaron visitarlos en Knoxville. Mientras estuvimos allí asistíamos a una iglesia pentecostal, lo cual era una experiencia muy diferente de la de nuestra sumisa iglesia baptista. La iglesia «santificada» podía volverse loca, y resultó ser mucho más disfrutable para mí. La gente a veces «se contagiaba del Espíritu» y empezaba a gritar, a bailar y a cantar en los pasillos. Definitivamente, había mucha acción, lo cual era más mi estilo. Yo me unía enseguida, cantando y bailando.

Un día me dejé llevar tanto por el baile que terminé perdiendo la falda. Algunas personas incluso se caían y empezaban a convulsionar. Yo solo pensaba que debían de haberse emocionado demasiado. Aunque no conectaba más con la experiencia pentecostal que con las más tranquilas misas baptistas, era un auténtico espectáculo. ¡Y era divertido!

De nuevo en casa, la escuela dominical baptista se convirtió en obligatoria. A veces era agradable porque me gustaba estar con otras niñas, pero cuando por fin fui lo suficientemente mayor para unirme al coro, aquel fue mi momento álgido. Yo tenía ocho o nueve años y era la cantante más joven del grupo. El resto eran adolescentes. Incluso a esa edad ya tenía la voz más potente del coro y solían elegirme para cantar los solos. Como en aquella época no teníamos teléfono, había aprendido a proyectar fuertemente mi voz para llamar a mis amigos y vecinos desde lejos sin dañarme las cuerdas vocales, lo cual me había ayudado a que se volviese más fuerte, un talento que me iba a resultar muy útil más adelante.

Mis padres regresaron a Nutbush cuando yo tenía cinco años, de modo que me liberé del ambiente sofocante de la casa de mis abuelos paternos. Pero nuestro hogar no era mucho mejor, porque mis padres seguían peleándose con uñas y dientes.

Cada vez que se peleaban, yo salía corriendo de la casa en busca de un lugar tranquilo para calmarme. Me sentaba junto a un arroyo y observaba a las libélulas planear por encima del agua,

lanzarse en picado hacia la superficie para aplacar su sed y luego alejarse y desaparecer tan rápido como habían llegado.

Soñaba despierta que me crecían alas y podía volar hasta un sitio más feliz; un hogar donde nadie discutiese y donde pudiese ser querida tal y como era.

Aquello era solo un sueño. Cuando tenía once años, mi madre se marchó por última vez y nunca regresó. Se mudó a St. Louis. Nunca envió ni una sola carta. Nada. Yo esperaba cada día a que llegase el correo, con la esperanza de que se acordara de mí, pero no volví a verla hasta el funeral de Mama Georgie, más de cinco años después.

Poco después de que yo cumpliera los trece, mi padre también se marchó. Su destino fue Detroit.

Al principio, mi padre hizo un esfuerzo por mantener el contacto, y mandaba un poco de dinero de vez en cuando para ayudar a mis familiares a ocuparse de mí. Pero nunca regresó. Yo era una niña sin padres y sin un hogar real.

Afortunadamente, aún tenía a mi prima Margaret.

Margaret y yo éramos confidentes, y un lugar seguro la una para la otra. Compartíamos nuestros sueños y nos confiábamos nuestros secretos.

Cuando yo tenía catorce años, me contó un secreto que nunca hubiese esperado oír: estaba embarazada. Aquella noticia me confundió, porque Margaret siempre había sido muy cauta. Solo tenía diecisiete años y no se acostaba tanto con chicos como otras chicas, y su mayor sueño era ir a la universidad.

Me confesó que había resuelto que un bebé y la universidad no eran compatibles, así que había decidido poner fin al embarazo. No obstante, no sabía cómo hacerlo, de modo que probó remedios caseros de antaño, como beber mejunjes calientes de pimienta negra; intentos que fueron en vano y que solo le provocaron malestar estomacal y un mal sabor de boca.

Por desgracia, a finales de enero de 1954, solo una semana después de que me revelase su mayor secreto, Margaret murió en un horrible accidente de coche.



Adéntrate en ti todos los días y encuentra
la fuerza interior para que el mundo no
apague tu vela.

KATHERINE DUNHAM



Todo el mundo tiene un don para algo,
incluso si es el don de ser un buen amigo.

MARIAN ANDERSON



No podía creerlo. Mi Margaret no. La luz de mi vida. Estaba destrozada. Perdida. Sola.

La muerte era algo sobre lo que no había pensado mucho antes del fallecimiento de Margaret. Había asistido al funeral de Papa Alex cuando tenía once años, pero, francamente, cuando lo vi tumbado quieto en el féretro me pareció que estaba durmiendo plácidamente.

Perder a Margaret fue muy diferente. Nada me había golpeado tan fuerte.

Había sido testigo del círculo de la vida y la muerte en la naturaleza, donde las plantas y los animales iban y venían a su propio ritmo. Y había oído hablar sobre muertes en nuestra comunidad, personas jóvenes y mayores que habían fallecido en todo tipo de circunstancias. Pero esta vez era muy personal.

Tras la muerte de Margaret, hubo muchas conversaciones sobre la voluntad de Dios. Nuestra comunidad era profundamente baptista, después de todo, y aquello era una respuesta natural a la tragedia repentina que la había matado a ella y a otras personas jóvenes, entre ellas mi hermanastra Evelyn (la hija de una relación anterior de mi madre). Al pensar sobre los misterios de la vida y la muerte, yo no tenía problema con el concepto de una fuerza universal subyacente. Pero la idea de un anciano barbudo y blanco en el cielo monitorizando las actividades que se llevaban a cabo en la Tierra me parecía muy lejana y sencillamente irreal.

Entonces no podía verbalizar mi visión sobre Dios, porque las palabras todavía no me habían llegado. Pero desde la más corta edad de la que tengo recuerdos, supe que podía experimentar a Dios en la madre naturaleza. Algo me decía que tenía un pedazo de Dios en el corazón, aun cuando las creencias tradicionales de mi familia y la forma en que practicaba la religión no eran las adecuadas para mí. Ojalá pusieran en práctica lo que predicaban y tuviesen unas vidas más positivas.

Especialmente después de la muerte de Margaret, supe que tendría que encontrar una forma de seguir adelante y construir mi propio camino hacia la felicidad.

Pasaba mucho tiempo en el exterior, donde podía pensar en paz. La naturaleza era el único lugar donde siempre me sentía bienvenida y adonde sentía que pertenecía; fue mi verdadero hogar en la infancia. Ya estuviera sentada en el jardín por la noche contemplando un cielo estrellado o tumbada a la sombra de un tulípero al mediodía, observando a las mariposas planear, sentía la fuerza sanadora del amor por todas partes en la naturaleza y me empapaba de ella.

No dejé que mi inestable situación familiar me impidiese encontrar el placer en el mundo que me rodeaba. En aquella época, Nutbush y otras zonas del norte de Memphis eran una meca para los músicos de *gospel*, blues y jazz, tanto locales como visitantes. Actuaban en nuestras iglesias, en nuestros cafés y en nuestras cantinas con gramola, y se convirtieron en mis primeras influencias musicales. Me encantaba escuchar distintos tipos de música, y lo hacía cada vez que tenía ocasión. No teníamos tocadiscos, pero siempre tuvimos una radio, y eso era suficiente para mí.

Disfrutaba cantando en el coro de la iglesia y de vez en cuando actuaba con el señor Bootsie Whitelaw, un popular oriundo de Nutbush, y su String Band. Cuando iba al instituto, mi profesor de música incluso me animó a aprender a cantar ópera. También tenía otros intereses, y se me daban muy bien la animación deportiva, el atletismo y el baloncesto.

Pero, por encima de todo, me encantaban las películas. Cada vez que podía iba al cine municipal, y muchas veces memorizaba las escenas de inmediato y las interpretaba para mi familia cuando llegaba a casa. Después de ver *Mujercitas*, disfrutaba representando la escena en la que Jo y Amy (interpretadas por June Allyson y Elizabeth Taylor) fingían que se desmayaban. ¡Una vez me quedé inmóvil en el suelo de forma tan convincente que mi hermana se asustó y pensó que me había muerto de verdad!

Las fantasías sobre la gran pantalla a menudo me trajeron problemas. Cuando trabajaba en los campos, recogiendo algodón y fresas bajo un calor sofocante, me imaginaba un paraíso remoto en el que pudiese vivir en una elegante película como las estrellas

de cine. No tenía ni idea de dónde estaba ese «Hollywood» mágico, pero sabía, en lo más profundo de mi ser, que no estaba destinada a quedarme en aquellas tierras de cultivo. Incluso entonces creía que mis circunstancias no limitaban mis posibilidades. Sabía que algún día encontraría mi camino hacia el mundo.

Mi visita de verano a Knoxville cuando tenía cinco años ya me había ofrecido un bocado de otro mundo; uno con imponentes edificios de ladrillo, calles anchas, y tiendas limpias y relucientes llenas de los productos más actuales. Once años más tarde, cuando Mama Georgie falleció repentinamente, mi madre me llevó a vivir con ella en St. Louis. Y fue entonces cuando empecé una vida completamente nueva.

Al vivir en una gran ciudad por primera vez, me sentía como una forastera. Por otra parte, siempre me había sentido como una extraña en mi propia familia, de modo que fui capaz de adaptarme enseguida. Cuando tenía diecisiete años, fui al Club Manhattan, un local musical bullicioso y lleno de humo, donde conocí a dos hombres que tendrían un papel importante en mi vida.

El primero fue Raymond Hill, un talentoso saxofonista con quien tuve un breve romance que dio lugar a mi querido hijo Craig. El segundo fue Ike Turner, músico y líder de una banda, famoso por su revolucionario tema «Rocket 88».

Ike me vio en el Club Manhattan y me invitó a cantar con su banda. Se convirtió en un mentor para mí y lanzó mi carrera musical. Yo estaba entusiasmada. Allí estaba yo, una adolescente, encima del escenario, vestida con ropa buena, cantando como si no hubiera un mañana. Nunca imaginé que aquel tipo de carrera sería posible para mí. Parecía un sueño hecho realidad, hasta que dejó de serlo.

En contra de mi buen juicio, Ike terminó siendo mi primer marido. Lo mejor que salió de nuestra relación fue mi segundo hijo, Ronnie. Ike y yo también criamos a los dos hijos de su primer matrimonio, Ike, Jr., y Michael, así que yo ya era madre de cuatro cuando aún tenía que descubrir cómo ser una persona adulta.

Vivir con Ike supuso una interminable serie de calvarios. Me cambió el nombre de Anna Mae Bullock por el de Tina Turner al

principio de nuestra relación, a pesar de mis protestas. Después de eso, durante nuestro difícil ascenso a la fama en la década de 1960 como Ike & Tina Turner Revue, sufrí durante años la violencia doméstica, tanto emocional como física. Los labios rotos, los ojos morados, las articulaciones dislocadas, los huesos fracturados y la tortura psicológica se convirtieron en parte de mi día a día. Me acostumbré a sufrir y traté de mantenerme cuerda mientras lidia-ba de algún modo con su locura. Sentía que no tenía escapatoria.

A mediados de la década de 1960 habíamos logrado triunfar con algunas de nuestras canciones, y el sencillo «River Deep – Mountain High», producido por Phil Spector, fue un éxito rotundo en el Reino Unido y en Europa. Gracias a él, los Rolling Stones nos invitaron a ir de gira con ellos al extranjero en el otoño de 1966, lo cual era otro sueño hecho realidad.

Sin embargo, al volver a Estados Unidos, la vida con Ike empeoró. La presión por conseguir éxitos intensificó sus inseguridades y aumentó su consumo de drogas, con lo cual sus accesos violentos se hicieron más frecuentes.

Empecé a perder la esperanza.

Finalmente, en 1968, estaba tan deprimida y abatida que no podía pensar con claridad. Los abusos y las infidelidades de Ike me habían dejado anestesiada, incapaz de sentir por mí misma o por mi familia, incapaz de sentirme viva. Lo único que podía sentir era que había llegado el fin. Una noche, antes de prepararme para salir al escenario, intenté suicidarme tomando cincuenta pastillas para dormir. La gente que estaba entre bastidores se percató de que algo me pasaba y me llevó corriendo al hospital; eso me salvó la vida.

Al principio, sentí decepción al despertar y darme cuenta de que seguía viva. Pensaba que la muerte era mi única oportunidad de escapar. Pero estar mucho tiempo en lo más bajo no formaba parte de mi naturaleza. Durante casi veintinueve años, siempre había encontrado la manera de levantarme y continuar, a pesar de todas las pruebas que me había puesto la vida. De hecho, ese era mi mantra antes de saber siquiera qué era un mantra: «Seguiré adelante».



Nunca subestimes el poder de los
sueños, ni la influencia del alma humana...
El potencial para la grandeza reside
en el interior de cada uno de nosotros.

WILMA RUDOLPH



Cuando no encuentras tu rumbo,
y el corazón no te guía hasta casa,
déjalo ir, y deja a Dios...
Nam-myoho-renge-kyo,
Nam-myoho-renge-kyo,
Nam-myoho-renge-kyo.

OLIVIA NEWTON-JOHN, «LET GO LET GOD»



Esa vez, también, intenté salir de la desesperación lo mejor que pude. Si ese era mi destino en la vida, intentaría de algún modo sacar lo mejor de él. Luego se me ocurrió que tal vez había sobrevivido por alguna razón, para algún propósito más grande. A partir de ese momento, sin importar lo dura que fuera la vida, mi instinto, mi corazón, me decía simplemente que no me detuviera.

¿Adónde me dirigía? Eso todavía no estaba claro.

Los inicios de la década de 1970 fueron tiempos difíciles, tanto en el ámbito personal como en el profesional. No habíamos tenido ningún éxito significativo con nuestra música en los últimos años, así que me propuse hacer algo para cambiar eso. Quería escribir una canción. Había estado ayudando a un compositor que trabajaba con nosotros, depurando lo que escribía, y pensaba que si él podía escribir canciones, yo también.

A lo largo de los años había oído decir a los compositores: «Escribe sobre lo que conozcas». Siguiendo ese consejo, mi primer intento fue un tema que escribí en 1973, llamado «Nutbush City Limits», sobre el lugar donde nací. Fue un éxito, especialmente en Europa. Aquello ayudó a aliviar algunas de nuestras preocupaciones monetarias, y me hizo muy feliz pensar que podía hacer algo creativo. Pero los chicos y yo seguíamos sufriendo en casa, donde siempre estábamos a merced del estado de ánimo y el temperamento de Ike.

Yo estaba casi siempre agotada y consternada por el maltrato, y cada vez me resultaba más difícil ocultárselo a las personas que tenía alrededor, que no estaban ciegas ante mis problemas. Cuando estaba a solas con ellas, a veces intentaban hablar conmigo sobre el tema, diciéndome cosas como «Espero que te estés cuidando». Sabía que era su forma de decirme: «¿Por qué demonios no sales de ese caos?».

Un día, nuestro ingeniero de sonido me dijo algo distinto: «Tina, deberías probar la práctica. Te ayudará a cambiar de vida».

Yo no sabía exactamente qué era «la práctica», y tampoco le pedí que me lo explicara. ¿No era eso algo que hacían los *hippies*? Pronto me olvidé de ello.

Un par de meses más tarde, mi hijo pequeño, Ronnie, llegó a casa con algo que parecía un rosario de madera lacada de color marrón. Me dijo: «Mamá, esto un rosario para las prácticas budistas. Si recitas “*Nam-myoho-renge-kyo*” podrás tener todo lo que quieras».

«¿Qué? ¿Cómo podría tener yo todo lo que quisiera?» Ni siquiera sabía cómo procesar esa afirmación.

«Es místico, pero todo tiene sentido —me aseguró—. Solo que no puedo explicarlo. Vamos a una reunión de diálogo calle arriba y aprendamos más.»

En condiciones normales, puede que hubiese ido. Pero en aquel momento yo era básicamente una prisionera en mi propia casa: no podía ir a ningún sitio sin el permiso de Ike. Pocas veces me permitía ir sola a sitios que no fuesen el supermercado o el estudio de grabación. Así que le dije a Ronnie que podía invitar a la gente budista a casa, pero que no podía ir a la reunión. Este fue mi segundo encuentro con la práctica, pero no salió nada de ello.

Unas semanas después, Ike, quien siempre hacía desfilar a gente por casa para «ver a Tina», trajo un día a una mujer que parecía muy feliz de que la conociera. De repente empezó a hablar sobre la práctica. Era budista.

Parecía que el universo se esforzaba por enviarme un mensaje importante, y esta vez estaba lista para escucharlo.